

Las discordancias entre Alberdi y sus adversarios sobre la cultura pública

I

Si las tres figuras prominentes de la organización nacional, Mitre, Sarmiento y Alberdi, que orientaron la opinión y el gobierno después de Caseros y de Urquiza, no se hubieran alejado hostilmente entre sí, por sus ideas políticas y sus recelos literarios, los hubieran separado los conceptos personales con que supieron abordar el problema de la educación nacional.

La visión cultural de Mitre se disuelve y se esfuma en la acción subalterna de sus colaboradores eminentes. El estadista y el caudillo, el militar y el historiador, comprendieron seguramente la condición de toda democracia coordinada y ordenada, como él decía: la transformación intelectual de la masa ciudadana. Pero, preocupado con las grandes líneas arquitectónicas de la construcción monumental, en sus mensajes, en sus arengas, en su acción administrativa y en las columnas de la prensa que utilizó durante medio siglo como su mejor instrumento político y de circulación espiritual, no tocó, fundamentalmente, sino el grado medio o secundario del sistema, aquel que afecta de inmediato a la clase directiva, el colegio nacional, que colocó como un contrapeso y un escudo en las ciudades minadas por la anarquía,

para evitar que las campañas incultas se volcaran sobre los centros urbanos, como expresaba el historiador López.

Estadista de intuición, Urquiza creó el colegio antes de la caída de la tiranía; y Mitre, retomando la tradición de Mayo, lo consolidó y lo amplió con nuevas fundaciones en el interior del país.

Llegaban en ese momento a los hombres dirigentes que trabajaban la organización nacional, las ondas agitadas de la revolución del 48, que conmovió la Europa con inquietudes e ideales republicanos. Y de la fermentación del segundo imperio, arrojados como fuerzas perturbadoras de la dictadura, con los espíritus fuertes, Bonpland y De Moussy protegidos por el gobierno de Paraná, golpeaban las puertas de las cátedras desiertas; maestros como Larroque, Peyret, Jacques, que hicieron del colegio el *mens agitat* de la nacionalidad.

En esa corriente republicana y liberal los ministros de Mitre hallaron el material conveniente de colaboración en la obra ansiada de la organización, que planteaba al poder público el deber ineludible de formar ciudadanos directivos para la masa inferior, ya utilizando las humanidades para estimular el ejercicio de las libertades públicas, ya las disciplinas científicas para crear las aptitudes industriales. Así fué cómo el célebre informe atribuido a Amadeo Jacques diseñó, en líneas sobrias y macizas, la cultura secundaria que había de triunfar en Francia con la tercera república, y que Mitre organizó como una convicción política en medio de la azarosa vida interior, complicada con una sangrienta guerra exterior.

Según las referencias biográficas de José María Torres, Mitre no aceptaba el pensamiento de fundar escuelas normales como en Estados Unidos, con la ingerencia del gobierno. El caudillo hablaba, en cambio, con pleno entusiasmo y conocimiento del asunto, de los liceos de la Restauración, con el régimen de los internados y las disciplinas férreas del primer imperio. Es que la implantación de un sistema original de cultura argentina, era aún tan prematuro como en los días auspiciosos de Rivadavia.

Y debía todavía transcurrir el decenio excitador de Sarmiento, que inundó el territorio con folletos y artículos educacionales, anunciando que había hecho «un gran descubrimiento», el de la opinión pública, puesta al servicio de la pasión docente, para que asomaran, dispersos e incongruentes, los elementos de esta elaboración, destinada a afianzar la obra de los constituyentes de 1853, que tuvieron por «padre putativo a Alberdi», según su pintoresca expresión.

Contrastan singularmente estos mirajes con el pensamiento alberdiano.

Para el escritor de las *Bases*, la cultura es una acción refleja que recibe la masa popular, por contacto y por imitación, de las clases superiores; y que vuelve al educando desde el hogar, desde el taller y desde la vida social, cualquiera que sea la influencia del estado, perturbadora, benéfica o disolvente. Bajo cierto punto de vista la cultura está implícita en el determinismo económico, que debe servir y favorecer, no desviar ni retardar, y cuya finalidad consistiría en formar el ciudadano capacitado para la producción, ajeno a todo conocimiento tradicionalista y superfluo; de tal suerte que sea, como un factor social, un instrumento viviente «adiestrado», más que «instruido». Esta educación se hace por sí misma, dice; la operan las cosas, la ayudan los libros y las doctrinas y la confirman las necesidades del hombre civilizado. Es la traducción de Rousseau que así llegaba a educar a Bolívar como a alimentar la enérgica espiritualidad de los hombres que sostuvieron el programa de la «Asociación de Mayo».

Para Sarmiento, por el contrario, la instrucción escolar, con un maestro y una biblioteca, es la única salvaguardia política. Repetía a menudo, como su inspirador Horacio Mann, que «fuera de esta arca santa todo es diluvio». La escuela primaria es la panacea de todos nuestros males individuales y colectivos y la fuente común de todas las actividades materiales de la nación: «enseñad a leer a vuestros hijos y destruid el analfabetismo si queréis carga para los ferrocarriles», decía. Su aspiración obsesante es la del sembrador de libros y de escuelas, que agita la

opinión pública y estimula a los gobiernos para que se levanten palacios escolares, se voten las rentas propias de educación y el « maestro no sea el último mono del presupuesto », como dice su conocida frase picaresca.

« Leer buenos libros vale casi tanto como escribirlos », repetía. Y agregaba: « el hábito de la lectura inteligente es la esencia del hombre civilizado ». En los numerosos volúmenes de sus obras es difícil recorrer tres páginas sin que el autor vuelva al eje de su pasión dominante. Sus ideas fueron banderas de partido, programa electoral y obra integrante de sus ministerios, de su presidencia y de sus cargos representativos. La implantación del vasto sistema, que abarca desde la escuela primaria hasta el gabinete universitario, conserva, ciertamente, la garra de león de su progenitor; y ella constituye, desarticulada e incompleta como ha llegado hasta nosotros, la herencia más productiva de esta generación.

Las ideas de Alberdi, en cambio, en esto como en otros aspectos de su pensamiento fecundo, fueron como la « parva favilla » de que habla el poeta florentino. Ni siquiera es posible el paralelo entre el libro divulgado y vehemente, el hecho creador del gobernante educador que quería « meter el porvenir en el presente », como decía, y la página vigorosa y vidente del desterrado que, analizando la historia del país, polemizando con sus hombres directivos no pudo, ni debió prescindir del gran problema, preocupación — orgullo y gloria — de todo gobernante argentino; problema que lleva la virtud de interesar por igual a los que actuaron tumultuosamente como Sarmiento y a los que pensaron serenamente como Alberdi.

Por la posición del tema es más fácil glosar a éste que resumir a aquél. De tal suerte que la exposición cronológica de algunas de las ideas emitidas y poco divulgadas del autor de las *Bases*, si no hace surgir el matiz personal por la comparación, puede, por lo menos, señalar el contraste entre la acción política de aquéllos y las ideas salientes de éste en materia de cultura pública, completando así el conocimiento de estas tres figuras extraordinarias de nuestra historia.

II

Alberdi ha expresado en diversas circunstancias y siempre de paso, sus vistas precisas sobre la cultura argentina. Y al revés de lo que insinúa la crítica, existe la perfecta unidad de su doctrina, ya sea que la refiera a los fundamentos de la organización nacional, como en su libro de 1852; ya sea que comente el texto de la constitución de 1853 o ya que analice la crisis de 1874 o que avance en los estudios económicos dedicados a aquel período de desequilibrio de la política nacional.

¿Por qué medios, se preguntaba, conseguiremos elevar la capacidad real de nuestros pueblos a la altura de sus constituciones escritas y de los principios proclamados? Por la educación del pueblo mismo, mediante la influencia de la acción civilizada de la Europa: es decir, por la inmigración, por una legislación civil, comercial y marítima, sobre bases adecuadas, por constituciones en armonía con nuestro tiempo y nuestras necesidades y por un sistema de gobierno que secunde la acción de esos medios.

Desde Belgrano y Rivadavia hasta nuestro tiempo, viene confundándose, según Alberdi, la educación con la instrucción, el género con la especie. Tal error los condujo a desatender aquélla, que se opera por la acción espontánea de las cosas, con el ejemplo de una vida más civilizada que la nuestra, lo que Rousseau llamó «educación de las cosas».

Nuestros publicistas, afirma, creyeron que la institución escolar era el principio de la civilización y no vieron que nuestros pueblos nacientes estaban en el caso de hacerse, de formarse, antes de instruirse.

Esa instrucción misma jamás fué adecuada a las necesidades del pueblo, sino copiada de la que recibían pueblos extraños a las modalidades de la nación.

Por el contrario, escribe imperturbable, ella fué más bien perniciosa, porque sirvió al hombre alfabeto del pueblo para verse ingerido en la gestión de la vida pública que no conocía: «para

instruirse en el veneno de la prensa electoral, dice, que contamina y destruye, en vez de ilustrar»; para leer insultos, sofismas y proclamas de incendio, que estimulan su curiosidad inculta y grosera.

Tan estéril e inadecuada como la cultura primaria fué la universitaria, «fábrica de charlatanismo, de demagogia y de presunción titulada», dice.

Rivadavia hubiera fundado con éxito un colegio de ciencias exactas y de artes aplicadas a la industria, en vez de lo que se llamó colegio de «ciencias morales». Así nos hubiéramos colocado, desde el comienzo, en actitud de «vencer esta naturaleza selvática que nos domina por todas partes, siendo la principal misión de nuestra cultura, el convertirla y vencerla». Lo que no implica el olvido del problema moral, pues los hechos prueban que se llega a su solución por el camino de los hábitos laboriosos y productivos, más que por la instrucción abstracta. El país necesita ingenieros, geólogos, químicos, naturalistas, y no abogados y teólogos que busquen el *refugium peccatorum* del puesto rentado. El progreso y la cultura se hacen con caninos, pozos artesianos e inmigrantes, y no con periódicos agitadores y serviles, ni con sermones y leyendas. Que se huya de los sofistas que hacen demagogia y del monarquismo que hace caracteres simuladores e intolerantes; que el clero se eduque a sí mismo dice; pero que se abstenga de formar nuestros negociantes, marineros, industriales y estadistas: zapatero a tus zapatos.

Ha de contraerse, pues, según el concepto alberdiano, la instrucción para ser fecunda, a ciencias y artes de aplicación, a cosas prácticas, a lenguas vivas, a conocimientos de utilidad material e inmediata. Por ello «el inglés, lengua de libertad, de industria y de orden, debe tener preferencia al latín obligatorio, en cualquier doctorado universitario».

En cierta página perdida, como si se deslizase por el programa de nuestras últimas fundaciones, la expresión ultramoderna de las necesidades contemporáneas, afirma que la política educacional debe multiplicar las escuelas de comercio y de industria, y nues-

tra juventud debe concurrir obligatoriamente a ellas. El tipo del hombre sudamericano, insinúa, debe estar formado para vencer al grande y agobiante enemigo del progreso — el desierto — arrancando el antiguo régimen de las ciudades mediterráneas, para plasmarlo en las corrientes europeas del litoral y encaminarlo al comercio y a la industria mundiales. Llenando la inteligencia juvenil de nociones abstractas sobre religión, literatura y teología, se camina hacia la mendicidad monacal y hacia el proletariado fanático y ensimismado de intelectuales corrompidos y despóticos.

En cuanto a la mujer, treinta años antes que Spencer, Alberdi sostiene que no debía tener la instrucción brillante con que se la adorna. Y medio siglo antes que los europeos pensaron en la conscripción femenina, para niñas de 14 a 16 años, esto es, en la igualación de sus derechos civiles con el varón después del aprendizaje de un oficio, el publicista tucumano había de cultivar su espíritu para orientar su corazón en la austera vida del hogar; de darle un oficio adaptado a su sexo para prevenirla contra la miseria; de la conveniencia de abandonar su cultura de ornato, música, bailes, pintura, coquetería mundana y pueril, para buscar en ella el brillo del honor, de la dignidad y de la modestia. Su creciente exhibicionismo de artista, cuando no su mojigatería y su devoción absorbente, son los adversarios naturales de la muchacha sana, ingenua y valiente de la raza.

Pero el espíritu de esa educación no está en la tradición española, escribe, sino en la Europa de la revolución. Esta nos traerá sus hábitos, que valen por muchos libros de filosofía. Para plantar y aclimatar la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad yanqui, traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres. « Esas plantas no prenden de semillas, como los cereales, sino de gajos como la vid. » « Un emigrante laborioso es el más edificante de los catecismos cristianos. » « Aviso importante para los hombres de estado sudamericanos: las escuelas primarias, los liceos, las universidades, son medios pobrísimos de adelanto sin las grandes empresas de producción industrial. » El « roto », el « gaucho », el « cholo », transformados con el mejor sistema de educación, no

harán un sólo obrero inglés. Por el contrario, sin el taller retornará el chiripá y preparará a la academia.

Educad a vuestras masas, se dice, y tendréis orden y, por añadidura la riqueza material que llama al extranjero. Vano trastruque de factores; no tendréis orden, ni educación popular, sino por el influjo de masas introducidas con hábitos ya arraigados de orden y de buena educación. «No eliminaréis la revuelta frívola, el agitador incipiente y la anarquía, gastando millones en tentativas falaces e interminables, con inundaciones de escuelas y de libros.» «Pobladme el desierto con extranjeros laboriosos, y la cultura y la civilización, el maestro y la escuela, vendrán gratuitamente.»

Si queréis sugerir algo a vuestros jóvenes, sugeridles la ambición de ser propietarios de una fábrica y la de ser millonarios. La libertad económica es la condición necesaria de la dignidad cívica. Si la bolsa vacía es bolsa que cae, según la sentencia de Franklin, miseria personal es conciencia que se desploma...

III

Por esta ligera exégesis de sus ideas se advierte la posición antitética de Alberdi, frente a los hombres que han creado el sistema de cultura nacional. Tal posición se acentúa hacia el dogmatismo, en sus últimos libros, como si los acontecimientos de su país y las nuevas teorías que circularon por el mundo en el tercer cuarto del siglo pasado, hubieran afirmado al pensador en sus convicciones. Culpa así al sistema cultural de Sarmiento la crisis final de su gobierno, y deja caer sobre la obra del luchador las responsabilidades del mal económico, social y político de aquellos días de incertidumbre y de revuelta, empobrecidos por las luchas intestinas de las provincias confederadas. Olvida a menudo que la educación es influencia a largo plazo y que, cualquiera que sea su concepto informativo, persistía aun el hombre del coloniaje, el

hombre de la tiranía, y conservaba sus caracteres típicos de psicología de la multitud argentina.

Recojamos algunas de esas páginas, en que el pensador abandona ya la pulcritud habitual de su estilo; páginas de brochazos magistrales, ennoblecidos por la pasión no disimulada en los párrafos cortados e inconexos, que van tejiendo en trama fuerte su pensamiento capital.

« Enseñar al pueblo a crear la riqueza, es enseñarle a ser fuerte y libre. » En esa enseñanza consiste su educación. Así, educarlo, es crearlo en la costumbre de la invención, de la producción. « No viene la cultura por la letra, sino por la repetición y la orientación de los actos que componen su conducta habitual. »

Esa dirección, ese propósito, están trazados por la revolución contra el antiguo régimen español: el aumento y la transformación de sus habitantes, de su riqueza, de su comercio, de sus industrias y de su bienestar material. No hay estado ni ocupación, dice, en que un americano pueda servir mejor a la civilización de su país, que el comercio, la agricultura y la industria urbana y rural. Y para extremar el razonamiento, agrega: « un simple cuero seco, un fardo de lana, un barril de sebo, sirven mejor a la civilización de América que el mejor de sus poemas, o su mejor novela, o sus mejores disertaciones científicas ».

En ese error de dirección verbalista está fundada, sin embargo, toda la educación que se da a las nuevas generaciones: educación universitaria, con pretensiones de científica y literaria, conformada a la europea, con reglamentos copiados al pie de la letra. Así es como las ciencias vienen a ser, no la cosa útil que enseñan los europeos, sino un saber de mero lujo, como las lenguas muertas que se aprenden por decreto y se olvidan por higiene cerebral. Lo que significa confundir en el programa oficial las ciencias y las letras con la civilización, de la que son un producto y no el motor principal.

« En la adquisición y en el ejercicio de las ocupaciones y oficios tocantes a la producción agrícola, industrial y comercial, deben ser educadas las nuevas generaciones. » Se trata de usos y

costumbres que no se adquieren por lecciones y doctrinas, sino mecánicamente, automáticamente, tácitamente, por el ejemplo, en el escritorio, en el mercado y en la fábrica. En el concepto alberdiano, si hay una fórmula escolar para la argentina, esta es la escuela taller, la escuela vocacional, la escuela de artes y oficios, la escuela industrial, la chacra escolar.

Solamente el proletariado intelectual explica cómo la educación verbalista es una causa del empobrecimiento permanente del país, por la dirección que ella da al empleo del tiempo y a las fuerzas virtuales del hombre. Educar al pueblo en la dirección opuesta, es darle aptitud para servir los intereses de su civilización. No basta, pues, para adquirir esa aptitud el enseñar a leer y escribir; el progreso depende de su minoría selecta y digna, orientada en la acción más que en el abecedario. Las universidades, como las actuales escuelas primarias, nos alejan del progreso con sus planes de enseñanza que arrastran a toda la masa popular al aprendizaje de palabras y no a la adquisición de aptitudes. Son las rémoras al progreso el bachiller que sale a la caza del cargo rentado, como lo es el peón letrado que no puede ser sino peón.

Alberdi, personalizando, dice que la falla en esa cultura es la crisis del Plata. « Su primer educacionista de oficio trajo de Estados Unidos el sistema que, como ministro, presidente y director de escuelas ha propagado en el país. » « El es la personificación de ese sistema, agrega, y la prueba de su ineficacia. » « Toda su administración es la causa de la crisis. » « El gobierno de Sarmiento, y Sarmiento sin gobierno, han llenado el país de escuelas, de maestros, de libros, de universidades, en proporción superior al número de escolares. » Y el estado de esa situación lo ha medido una estadística sabia, que avisa cuando un individuo sabe leer y escribir, pero no cuando ha llegado a tener un oficio y ser un productor honrado.

No hay verdadera educación si no es la que el país mismo se dé, la familia costee y el estado proteja. Así se estimularía al maestro y se evitaría el salario fijo del gobierno, que fomenta la haraganería y el servicio electoral y otras cosas contrarias a la ci-

C vilización. Este es el pensamiento de Adan Smith en el siglo xviii, que la Argentina no incorpora a su política. Por el contrario, observa Alberdi, « jamás ha gastado este país más dinero en la instrucción pública que bajo sus recientes gobiernos educadores por excelencia »; jamás ha estado, sin embargo, más ignorante y desorientada la masa del pueblo. Y la conclusión es que corresponde a las nuevas generaciones extinguir el « veneno del entusiasmo » ciego, que crea una literatura fofa y suburbana, « incompatible con la serena libertad ».

En este terreno de la ironía y del sarcasmo, Alberdi no vacila en las últimas consecuencias de su doctrina, que suscribirían, seguramente, los jueces de Licurgo, que también expulsaron a Homero, para defender la tranquilidad y la imponente grandeza de aquella sociedad materialista y vigorosa. Pellegrini pudo más tarde confirmar aquel pensamiento, asegurando que vale más un toro de raza que una estrofa o un vaso cincelado con primor...

« La misión de las universidades en Sud América es difundir la ciencia, con preferencia a la literatura. La ciencia apacigua, la literatura exalta. La ciencia es la luz, la razón, el pensamiento frío y la conducta reflexiva. La literatura es la ilusión, el misterio, la ficción, la pasión, la elocuencia, la armonía, la ebriedad del alma, el entusiasmo. La literatura es la hermana de la espada, un elemento auxiliar de la guerra. Canta a sus héroes y eterniza sus glorias; es la cultura intelectual de las edades heroicas. Prolongar en la cultura esa edad, es retardar la madurez y el progreso de las sociedades. La ciencia solamente puede darle lo que en su edad requiere: la luz, la razón, la calma, la paz necesaria a la fundación de sus instituciones y al desarrollo de sus riquezas. La república más atrasada en educación es la Argentina. No es que falten pedagogos o pedantes, escuelas, universidades o bibliotecas. Es tal vez lo que más abunda, por eso es la más dañada en su educación. En el Plata está ahogada la ciencia por la literatura. La actividad intelectual presenta el brillante cuadro de una escuela de retóricos griegos. Sus grandes inteligencias son todas literarias, y es rarísimo el hombre de ciencia que no sea europeo. Las frases,

el discurso, la forma, el estilo, el lenguaje, constituyen la preocupación dominante de los que cultivan el saber. Y las consecuencias sociales de esta dirección dada a los espíritus, son la exaltación enfermiza, el entusiasmo exagerado, la vanidad, el orgullo... »

IV

Hasta aquí los conceptos generales del escritor político. Pero Alberdi descendió muchas veces, con nitidez de juicio y perfecto sentido de la realidad, al programa, al maestro, al libro.

Así, al examinar el sistema rentístico y económico de la confederación, observa el servicio que puede prestar a la « producción en general » la instrucción pública y gratuita de la ley. Y nótese que no hay contradicción entre sus críticas al estado docente y su entusiasmo por la enseñanza libre. Groussac, que ha puesto su gran talento al servicio de su pequeña maldad, cuando ha estudiado a Alberdi, no ha hecho la diferencia entre el estadista y el publicista, ni ha querido leer en éste que su crítica se refiere a la absorción del estado y a las cargas impositivas onerosas, para la implantación de un sistema de dudosa eficiencia; no quiere leer la recta interpretación del polemista, que reconoce el deber de los poderes públicos en la obra común de crear la sana espiritualidad de la masa popular.

La educación debe variar en sus ramas y materias como varían las necesidades sociales de cada región. La materia industrial tiene derecho a ocupar un lugar prominente en las divisiones de la enseñanza pública, dice. Pues para que produzcan el efecto que les atribuye la constitución, servir a la prosperidad material del país, la escuela debe adiestrar al joven en la producción. La escuela comercial, la enseñanza de artes y oficios, el gusto por los trabajos manuales y mecánicos, deberá ser la forma popular de cultura en estas sociedades ávidas de « gloria frívola », que se escandalizan ante la opinión contraria, que « odian » las oposiciones a

su gestión política y abandonan el único deber capital: vencer la naturaleza inculta, adiestrar al ciudadano en la producción, y poblar el desierto.

Al escuchar esas opiniones radicales de un dogmatismo *ex cathedra*, diríase que Alberdi preside en el país, y en esta su provincia natal, como un numen profético, la fundación de sus escuelas de manualidades (1), la orientación de sus clases profesionales y la creación de su universidad vocacional (2). Y que las líneas rígidas de su ceño severo se animan y se serenán con el motor vibrante de la sierra, la marmita inquieta del laboratorio o la tijera ágil de corte y confección...

Y esta cultura por la ciencia aplicada es su obsesión dominante; hallamos, en efecto, en una carta dirigida a un joven que va a Europa a estudiar jurisprudencia, la recomendación del estudio de las matemáticas y de otras ciencias experimentales. No por la utilidad de las fórmulas, dice, sino por la conveniencia de «educar nuestras cabezas orientales y españolas» en la práctica del «método», de la «lógica» y del «orden». «Ellas disciplinan, dice, acostumbran a la perseverancia y refrenan la imaginación.» Ninguna academia de derecho rectificaría el concepto éste, tan modernizado, y Quintiliano mismo lo suscribiría sin desmedro para educar al orador.

V

Optar en nuestros días entre la política educacional de Mitre, de Sarmiento o de Alberdi, es crear un culto fetichista al pasado unilateral y simplificar, empequeñeciéndolo, el problema complicado y múltiple de la cultura pública.

Estamos ya suficientemente preparados para admitir que los tres tuvieron *su razón*, como que la obra social observada y realizada a

(1) Creadas en la provincia de Tucumán, en 1922, bajo la presidencia del Consejo del profesor Victoria. — *N. de la R.*

(2) Actualmente Universidad nacional de Tucumán. — *N. de la R.*

través de temperamentos, situaciones e ideaciones diversas, cambia con el cristal con que se mira, sin que se modifique la realidad misma de las cosas.

Y este arte de combatir o de elogiar la vida pública o las opiniones ajenas, salvando la dignidad de los hombres, arte ajeno a aquellos tiempos de hierro, nos habilita para afirmar, sin contradicciones con esa realidad, que si hay vacíos en las creaciones de Mitre y fallas en las ideas de Alberdi, que quizá en su preocupación materialista olvidó cómo se nutren las águilas de la Soborna y de qué se alimenta el genio libre de Oxford y de Cambridge. si hay fallas en sus ideas, decía, es preciso reconocer también muchas ruedas locas en el sistema de Sarmiento. El pensamiento cultural de Mitre fué completado por Avellaneda, por Roca y por Pellegrini: la intuición experimental que reclamaban los pensadores del Renacimiento la iniciaron las escuelas normales de Sarmiento, que casi hizo una cuestión internacional para inaugurar una escuela de artes y oficios en Lima; y, nerviosamente, el país estimula la iniciativa privada escolar y realiza ya el sueño de Alberdi, en el adiestramiento de oficios y aptitudes profesionales.

Así es cómo, la obra nuestra, entre aquella arena removida por nuestros próceres, que la prepararon con un pie en la improvisación, consiste, cabalmente, en coordinar, perfeccionar y completar, fijando en la ley y en la costumbre, lo que ellos anunciaron más que como una teoría, como un presentimiento apasionado.

VI

Ya es hora, pues que es propicia la evocación y pesan en el ánimo los valores creados por la crítica y la justicia póstuma, que bajemos a la llanura para gozar del paisaje de la cumbre.

Para juzgar a Alberdi, en cualquiera de los aspectos de su larga carrera de publicista, bueno es recordar que, ante todo, estamos en presencia del excitador intelectual más eficaz de nuestra vida

pública. Su noble figura de asceta laico, al desprenderse cada vez más de los entretelones y de las dobleces del comité, acentúa con mayor energía las líneas del vidente y del patriota.

Y es preciso contemplarlo de una vez, envuelto en la polvareda trágica de su tiempo y en la aureola luminosa de su genio combativo.

Grata es, en verdad, la lucha cívica cuando se siente el calor del entrevero y la pasión enciende las multitudes que aplauden o que denuestan. Consoladora es la reacción del fuego purificador, que azuza el incendio en las cuatro direcciones del horizonte, si precede a la lluvia y al brote primaveral. Pero es dura, más que el pan amargo del destierro, esta melancolía de la impotencia que se quema a la distancia con la rama seca del prejuicio político: esta congoja del pensamiento incomprendido, esta visión enturbiada del hogar intangible, esta convicción quebrada ante la realidad, esta justicia tardía y dolorosa, aparejada a la sensación infructuosa de las grandes cosas concebidas, para beneficiar un ambiente hostil y prevenido. Todas las contradicciones de esta « cuestión de hombres », que dijera Mitre, rompiendo la lógica de aquella « cuestión de principios » que sostuviera Alberdi, cayeron implacables sobre su cerebro y su corazón de luchador, que sus adversarios lo veían desde lejos como una antinomia de la historia argentina, porque era flexible y fuerte como una hoja toledana, ágil como el músculo que reacciona sin fatiga, punzante como la saeta que da en el blanco sin trepidar.

Cuando se escriba sobre documentos la historia de la organización nacional, será preciso fijar, ante todo, la posición espiritual de Alberdi, en la obra común que todos anhelaban. Como americano, como miembro de la sociedad mundial, tomó sin vacilar la carga de defensor de las provincias confederadas contra la actitud absorbente de los hombres de Buenos Aires. Greyó, como Rivadavia, que había que separar esta provincia de su gran capital, para transformarla en cabeza de la confederación. Y mientras Sarmiento predicaba una Argirópolis irreal y Mitre se aferraba al concepto de que era imposible organizar el país sin una presidencia porteña,

Alberdi mantuvo firme su doctrina que los hechos confirmaron con la capitalización del 80 y el retardo de veinte años a la consolidación institucional del país.

Por otra parte, la actitud rebelde de Entre Ríos, exteriorizada en Basualdo, la propaganda de la prensa agitada por Guido Spano y otros adversarios de la guerra, nos dicen que no fué Alberdi el único en pensar en la inutilidad política de aquel desgarramiento del Paraguay, que desvió la tradición diplomática de la nación, al continuar la guerra hasta cambiar la forma de gobierno del país beligerante, como expresaba el discutido artículo del tratado. Cuando se habla de la traición de Alberdi, asoman involuntariamente a flor de labio las palabras de Fontenelle: « Prefiero mi familia a mí mismo, mi patria a mi familia y la humanidad a los intereses de mi patria. » Pero para que en el conflicto de deberes, un grande hombre llegue a pronunciar esta última palabra, es que deliberadamente ha aceptado el sacrificio de su carrera pública y de su vida civil. Y Alberdi, en su libro *El crimen de la guerra* y en sus violentas polémicas de defensa del Paraguay, pronunció, sin vacilar, esa palabra.

Así, el gran escritor es un sacrificado de la organización nacional. Sobre sus huesos repatriados bajo la advocación de las nuevas generaciones, sobre su cuerpo salvado de la miseria, en una casa de sanidad de París, graznaban los viejos odios, encarnados en aquellos mismos aliados al extranjero para combatir a Rosas, en aquellos mismos que gestionaban la independencia de Buenos Aires. Y hasta sobre las palmas con que el gran Jaurès evocaba su doctrina generosa, hlovieron los dieterios, la crítica apodíctica y la fina insinuación florentina. Tucumán había sido representado en el Congreso por un traidor. Apenas si *monsieur* Groussac, entre las cuchufletas de su admirable erudición, le perdonó su talento, para llamarlo ignorante, superficial, contradictorio, plagiador, desmemoriado, morboso... Apenas si Mitre, en la confidencia íntima, oyendo tal vez el rumor de la marea callejera que asciende con la fama, le colocaba entre los *diu minores* y le negaba un lugar entre los *diu mayores* de la historia.

La nueva generación se niega a separar aquello que sus adversarios llamaron el oro de la escoria, y acepta el legado total, porque no le resulta indigno del prócer, ni el amor (magnífico de tanta abnegación), ni el odio (soberbio de tanta violencia). Ha encontrado en la página vibrante aquel don del estilo para interesar al público, aquel de la oportunidad para actualizar el pensamiento, aquel del presentimiento del porvenir, para hacer duradera su labor, aquel de la ironía y del sarcasmo, para ser terrible en la polémica, aquel de la ágil improvisación, para seguir los matices cambiantes del suceso público y aquel don familiar de argumentar, para llevar la convicción al lector. Ha hallado que todo esto puso al servicio de un civismo tan viril como desinteresado, tan estoico como independizado de todo interés personal. Ha llegado, con el pensamiento de sus mejores intérpretes, al convencimiento de sus postulados incontrovertibles: una argentinidad leal y progresiva, una solidaridad confesada con la civilización europea, la necesidad de crear una población de raza blanca, con hábitos y educación propios; la condición de gobernar poblando el desierto y desmontando la selva; la de crear una educación nacionalista, regional, utilitaria y vocacional, la de crear una política económica robusta, sobre el crédito, la renta y el aumento progresivo de la riqueza pública; la de crear la libre vialidad férrea y marítima, disminuyendo y monopolizando las franquicias y las cargas aduaneras; la urgencia de predicar la ética del trabajo, como condición misma de la vida individual y social.

Integrado e interpretado así el pensamiento alberdiano, como una forma de las ideas colectivas que evolucionan con la sociedad argentina, ya no es, por cierto, la discordancia que sentían en carne propia sus adversarios, sino una fuerza genética, un sistema de ideas-fuerzas, de la propia historia nacional.

Los tres grandes hombres coincidieron en la oportunidad de organizar, bajo un régimen constitucional definitivo el país; y al tomar la obra entre sus manos vieron que cada uno difería del otro por temperamento, por idiosincrasia, y se separaron violen-

tamente. La nueva generación viene a unirlos definitivamente en el homenaje de una patria intangible, colocada por arriba de las prevenciones de partido y de toda sombra de prejuicio político.

Si Sarmiento es el hombre acción, Mitre es el hombre ideal: «hacer las cosas, hacerlas mal, pero hacerlas», decía el uno; «detrás de los códigos fundamentales de los pueblos libres, hay siempre un espectro histórico que simboliza la lucha, el dolor o el sacrificio», decía el otro.

Si Sarmiento pudiera cargar con todos los pecados y las grandezas de su pueblo, Mitre podría llevar la hiel de sus amarguras silenciosas, la esperanza de sus estériles caídas, y el peso in-contrastable de sus grandes destinos.

Si la acción y el pensamiento del uno pudieran dar tema a un canto de Milton, como aquel en que los ángeles pelean con los demonios, el pensamiento y la acción del otro podrían dar tema a un canto dantesco, cuya poesía revela su vida quemada con incomparable pasión, condenada a realizar su propio poema entre güelfos y gibelinos.

El brillo y el coraje mental del uno, pudieron incendiar la selva virgen, para derramar la semilla y apurar los cultivos de la estación que llegaba. Atónitos le escuchaban los sabios y los estadistas; escandalizados le soportaban los fuertes; silenciosos, sin amor y hasta con odio, le recibían los pueblos. Facundo civilizado, lleva la sangre familiar del Tigre de los Llanos, que no pudieron borrar ni negar las academias. Sus adversarios pudieron devolver la oración por pasiva y discutir como Alberdi sus escritos geniales y desparpajados, preguntándose quién era la civilización y quién la barbarie, el poema o el autor.

La obra de Mitre, por el contrario, puede explicarse satisfactoriamente como un proceso de integración y de desintegración natural, donde juegan su parte el error y la verdad, realizado todo pacientemente y concienzudamente, sin forzar la lógica de los hechos; colocándose muchas veces como el verdadero estadista, aun contra su fama y sus convicciones, a la cabeza de acon-

tecimientos, para aprovechar las energías sin rumbo o desviar las corrientes perniciosas de la opinión. Someterse resignado y bravamente al destino que le impusiera la historia; labrar tenazmente la obra propia; llenar la vida en forma digna, sin apresuramiento ni fracasos, con el sabio convencimiento de lo que se puede y se debe; no desesperar del éxito, que es la reacción del bien sobre el mal, cuando se ha realizado el deber sobre la tierra; prepararse a ser lo que se debe ser, pues que el hombre se agita y la humanidad lo conduce; y no rebelarse contra la fortuna que arrebató un jirón de la merecida gloria, aceptando el olvido, el destierro y la ingratitud, como gajes del oficio de conducir pueblos, sin proferir quejas extrañas al alma varonil; tal fué la conducta y la naturaleza moral de Mitre, que tomó de su modelo, el ejemplo de su vida, de su muerte y de su resurrección.

Sarmiento, en cambio, admitió y comentó la teoría darwiniana en la historia y creyó, como Goethe, que en un principio estuvo la acción. Fué partidario de sí mismo: «háganme presidente de la república si quieren verme sano», decía a los jóvenes. Y presintiendo su destino, como cuando en aquella tarde otoñal, sintió que en Palermo sus piernas se endurecían para transformarse en estatua, no tuvo en la cosa pública fe mayor que en su genio y en la propia voluntad. ¡Multiplicidad policrónica de la nación entera, buen humor de la perfecta salud, originalidad desordenada y alumbramiento fulgurante del vidente! Todos los oficios: bolichero, capataz de minas, periodista, maestro de escuela, escritor, gobernante, príncipe del talento en París: como en el drama inglés, podríamos repetir lo que ya se dijo: un varón!

Mitre tuvo la bandera de su partido y no obstante su inmensa popularidad, que quiere decir crítica, nadie sino Alberdi ha tocado a fondo el armiño de su fama. A Sarmiento nunca adularon las multitudes—vana gloria—y extrañábase de que se le acusase de político infiel e impopular: el pueblo argentino, sin embargo, se ha connaturalizado de tal suerte con su dios tu-

telar, con su totem, que nada extraño es a su nombre que ejerza desde la tumba el tutelaje suave de los niños.

Mitre fué un griego por su espíritu, un cruzado por sus hechos; hay en Sarmiento un corazón de romano, y merecía haber mamado de la loba secular de Rómulo, para tener el derecho de sentarse en el capitolio — grandeza de *imperator* — a dictar leyes para civilizar el mundo conocido; Alberdi es el genio alado de la raza, que como Ariel, provoca el descontento y la inquietud: merecía haber nacido en París, apagando la sed del ideal en la fuerte correntada escéptica de la Enciclopedia, donde la pluma fué estileto y evangelio. Por eso su apoteosis fué la sentencia ambigua de los elegidos. Por eso su glorificación es un eco del porvenir.

MAXIMIO S. VICTORIA.